

Illya Novelo

GUERREROS DE

FAGHO

El poder de la Alianza Oscura





El repiquetear de las herraduras al chocar contra el camino pedregoso era lo único que se alcanzaba a escuchar además de los truenos que amenazaban con desatar una gran tormenta. Cuatro caballos galopaban a toda velocidad subiendo por aquella vereda empinada, los soldados intentaban llegar cuanto antes a la cima de la montaña por temor a lo que fuera a ocurrir. Junto a ésta, había otra montaña y ambas daban inicio, cada una en direcciones opuestas, a las dos grandes *cordilleras de Trella*, la Norte y la Sur, y las separaba un enorme y profundo cañón.

Justamente en esa garganta que se formaba por la separación de las dos titánicas montañas se sostenían con manos y pies Arcon Ásteris, gobernante supremo de Ándragos y uno de los reinos más poderosos de Fagho, Karime Theradam, su fiel protectora y amiga, y tres soldados del ejército andraguense. Distanciados por tres o cuatro metros se aferraban con empeño en la vertical escarpada para no caer en aquel precipicio que parecía no tener fondo.

Los cinco estaban agotados por el esfuerzo y la tensión, aunque también se reflejaba en sus rostros una severa angustia debido a los truenos y relámpagos que no cesaban.

Fue justamente un estruendoso trueno lo que hizo voltear a Arcon hacia el cielo gris y oscuro. Una mirada casi aterrante se apoderó de su expresión.

—¡Karime, tenemos que darnos prisa! ¡Está a punto de comenzar a llover!

Karime también volteó hacia arriba después de colocar su pie sobre una roca saliente descendiendo un paso más. Arcon se encontraba cuatro metros por encima de ella.

A pesar del frío que se sentía en las montañas a Karime le escurrió por la frente una gota de sudor, luego volteó hacia su derecha para mirar a los tres soldados que también descendían, percibió en ellos cansancio y temor. Volviendo su mirada hacia abajo ubicó el punto exacto donde las dos montañas se unían, la unión de las cordilleras Norte y Sur, y era también, el punto exacto a donde pretendían llegar, pero aún estaba a más de cincuenta metros por debajo de ellos y el tiempo apremiaba.

—¡Majestad, no creo que llegemos a tiempo! —se atrevió a contestarle al rey.

Era de día en Trella, pero el cielo estaba tan oscuro debido a la pronta tormenta que parecía estar anocheciendo.

—¡Tenemos que llegar! —le especificó Arcon sin asomo de duda.

El rey de Ándragos descendió tres pasos más impregnándole a sus movimientos rapidez, misma que ocasionó que pisara una saliente de roca que parecía segura pero que no lo estaba, el pie se le fue hacia el abismo provocando el resbalón de su otro pie.

Al escuchar el desprendimiento y sentir pequeñas rocas que le caían desde arriba Karime elevó su mirada al mismo tiempo que escuchó un grito de Arcon. Afortunadamente el rey quedó colgando de una mano, con la cual se sostuvo con todas sus fuerzas.

—¡Majestad! —gritó Karime con el corazón casi en el estómago. Los soldados también se angustiaron.

—¡Alteza! ¡Cuidado!

—Rayos... —susurró Arcon aferrándose con dedos y uñas a la roca de la cual se sostenía.

El rey esperó sólo unos segundos para calmar su respiración del horror que le provocó el haber podido caer y conteniendo el aliento se impulsó para estirar su otro brazo para lograr alcanzar a sujetarse de otra roca saliente, sin embargo, ninguno de sus pies encontró un punto de apoyo a la altura necesaria. La respiración de Arcon era entrecortada y sus nervios implacables ya que no podía voltear hacia abajo para ver dónde pisar por estar sostenido sólo con las dos manos.

—¡Majestad! ¡A la derecha! ¡Mueva su pie un poco hacia la derecha! —le gritó Karime, quien en su posición, podía observar cuanto sucedía.

Y estaba un poco alejada de Arcon, pero hacia su derecha había una roca saliente, en la cual, si se estiraba lo suficiente, podía colocar su pie.

—¡Vamos, majestad! ¡Tendrá que balancearse un poco para encontrar el apoyo! —insistió la siret.

Arcon intentó a tientas estirar su pierna hacia el lado derecho sin encontrar tal apoyo, y sus manos... ¡Cómo le dolían! ¡Las tenía entumidas del implacable dolor!

—¡Balancéese, majestad! ¡Sólo así podrá alcanzarlo!

Tras los ánimos de Karime, Arcon tomó bríos, se sujetó lo mejor que pudo con ambas manos y comenzó a balancear sus piernas.

—¡Eso es! ¡Un poco más! —continuó alentándolo.

Arcon lo volvió a hacer, sus piernas semejaban el vaivén de un reloj de péndulo.

—¡Una vez más, majestad!

Y al punto de alcanzar la máxima altura a la que sus piernas llegarían, su pie encontró el punto de apoyo, una piedra saliente en la cual atoró el tacón de su bota. Con latente esfuerzo fue acercando sus manos agarrándose de una y otra piedra hasta conseguir quedar de nuevo sostenido con sus cuatro extremidades en la escarpada vertical. Karime suspiró de alivio, al igual que cada uno de los soldados.

Muchos metros por encima de ellos, los cuatro caballos que subían a galope la montaña llegaron a la cima, donde otro grupo de tres soldados veían desde arriba a los escaladores. El cávilar Gorat, cávilar de la Guardia Real de Ándragos, desmontó su caballo. Su rostro al acercarse al filo de la montaña irradiaba furia y tensión.

—¿Dónde están? —preguntó con una voz acalorada.

—Allá, cávilar Gorat —le respondió un soldado señalando el sitio exacto en el que los escaladores bajaban por la vertical, treinta metros por debajo de ellos.

—¡¿Qué hace el rey allá abajo?! —inquirió Gorat encendido de cólera —¡¿Quién le dijo que él debía bajar?!

—Na... nadie, cávilar —contestó titubeante otro guardia de los que aguardaban—. Él mismo nos ordenó quedarnos aquí. Sólo dejó bajar a tres soldados con él, y a la messtre Theradam, por supuesto.

Gorat intentó no gritar al observar hacia abajo para no distraer los actos del rey que debían estar colmados de precisión, pero en su interior reventaba de coraje.

—Pues más les vale que no le pase nada al rey, soldado, porque si algo le sucede ustedes sufrirán las consecuencias por haberle permitido bajar.

—Nos... nosotros... no lo dejamos, cávilar —mencionó el primero de nuevo, trastabillando al hablar. Tener enfrente a Gorat, reventando de ira, no era algo que nadie quisiera experimentar—. Él fue quien lo ordenó, y... y él es el rey.

—¡Y también es un niño, soldado, que no se le olvide! —bramó dejando salir su furia desenfrenada al acercarse al soldado y escupiéndole casi en el rostro al gritar— ¡Y ese niño no debería estar allá abajo!

Uno de los soldados que bajaban junto con Arcon, el más próximo a él, se acercó con presteza con cara de asustado después del incidente.

—¿Se encuentra bien, majestad?

—... Sí —le respondió Arcon controlando la respiración—. Ya lo estoy, pero tenemos que llegar cuanto antes allá aba... —pero antes de terminar de decir aquello una gota de agua cayó en su antebrazo. El rey se quedó sin palabras unos segundos y luego se lamentó—... Oh, no.

—¿Qué? ¿Qué sucede, majestad?

—Ya comenzó a llover. Maldición, no —se acongojó terriblemente—. ¡Karime! ¡Ha comenzado a llover!

Karime volvió su mirada hacia aquel lugar que tenía por debajo de ella y al cual pretendían llegar, una pequeña saliente en medio de las dos monumentales montañas. Aún estaba muy abajo y el tiempo se había terminado.

—Maldición —susurró para sí la siren.

El soldado que permanecía junto a Arcon no sabía con exactitud por qué había que bajar a aquel risco antes de que lloviera, pero parecía ser excesivamente importante para su rey, por lo cual, también debía serlo para él, entonces intentó impregnarle rapidez al asunto. Pero el mantenerse a salvo en la vertical de esa montaña requería de extrema precaución. La rapidez del soldado ocasionó que corriera la misma suerte que el rey, la piedra en la que se apoyó se desquebrajó y los pedazos cayeron al vacío provocando que él quedara colgado de una mano.

—¡Aaaaah! ¡Aaah!

Arcon se asustó al verle y bajando un paso se apoyó bien y se inclinó lo suficiente para extender su brazo y tenderle una mano.

—¡Tranquilo! ¡Aquí estoy! ¡Toma mi mano!

Pero el soldado se resistió a hacerlo.

Arcon sabía la contradicción en la que estaba metiendo al soldado. Por un lado, si no agarraba la mano de Arcon, su vida corría peligro, por el otro, si aceptaba tomarla, estaba poniendo en riesgo la vida del rey de Ándragos.

—¡Vamos! ¡Agarra mi mano!

—¡No! —gritó Karime con todas sus fuerzas desde más abajo al ver las pretensiones de ambos, pero ignorando sus gritos Arcon siguió persuadiendo al soldado bajando un poco más, veía en su rostro sufriente que no aguantaría mucho tiempo colgado de una sola mano ya que comenzaba a temblarle por el esfuerzo.

—¡Vamos, soldado!

Pero no la tomó, y sus dedos comenzaron a resbalarse de la roca.

—¡Hey! ¡Hey, soldado! ¡Mírame! —le exigió— ¿Cómo es que te llamas?

—... An... *Ántilok*... majestad.

—Muy bien, *Ántilok* —procuró hablarle más tranquilo para que la situación no se saliera del poco control que aún quedaba—. Escúchame bien lo que voy a decirte. Eres un hombre grande y fuerte, pero eso no te ayuda en este momento en el que tienes que aguantar todo tu peso con una sola mano. Te estás resbalando por si no lo has notado —¡Por supuesto que lo había notado! ¡Cómo no hacerlo si estaba a punto de caer en garras de la muerte!— Si no quieres morir con el cuerpo desquebrajado en trescientos pedazos debido al impacto que vas a sufrir cuando te estrelles contra el suelo entonces toma mi mano, eso sin contar los numerosos golpes que te vas a dar contra las salientes y las paredes sintiendo cómo se te destrozan cada uno de tus huesos que irán rompiéndose antes de puedas perder conciencia.

Definitivamente la que le planteaba Arcon no era una muerte placentera, aún así, el soldado se resistió a tomar la mano del rey.

—Majestad, no...

Arcon perdió la paciencia al notar que la mano de Ántilok estaba a punto de resbalar completamente.

—¡Tómala ya! —aseveró abriéndole los ojos de par en par para ser tajante —¡Es una orden!

Y justo cuando la mano con la que se sostenía estaba a punto de zafarse levantó la otra para estrechar la de Arcon.

—¡NOOO! —gritó Karime al observar aquel hecho inaudito— ¡Soldado! ¡Suelte la mano del rey! ¡Es una orden, maldita sea! ¡Suelte la mano del rey!

—No la escu... ches —expresó Arcon apenas pudiendo hablar, era demasiado el peso del soldado aunado al suyo los que estaba sosteniendo—. No me... sueltes... si no... quie... res morir...

Pero Arcon no contaba con que la roca con la que estaba aferrado con la otra mano no estaba muy firme. En un instante se desquebrajó y fue demasiado tarde cuando se percató de ello, la roca cedió y él y Ántilok cayeron al vacío.

—¡¡ARCON!! —gritó Karime con pánico al verlo caer.

Sin dudar de sus pensamientos la siret desprendió de su cinturón un triángulo de puntas redondeadas color gris oscuro de un material parecido al hierro, apretó un botón y de dentro salió una especie de soga ultra delgada brillante, parecía un delgado rayo del mismo tono azulado que el de sus flechas. Karime sujetó el extremo del lazo y lo giró en su muñeca un par de veces logrando que quedara enredado en ella, luego, lanzó el artefacto triangular con todas sus fuerzas hacia abajo, hacia donde caían libremente Arcon y el soldado.

A cinco metros de haber sido lanzado, el artefacto, que dejó a su paso la soga azulada, sacó un par de alas aerodinámicas convirtiéndolo en un búmeran que pronto dio alcance a Arcon y Ántilok e incluso los rebasó. Desde arriba, Karime sólo esperaba que su plan diera resultado.

—Vamos —susurró para sí—. Da la vuelta. Da la vuelta. Dala ya.

Unos metros más abajo el búmeran cambió de dirección virando hacia arriba y logrando que la soga azulada que dejaba a su paso se convirtiera en una “u”. Arcon y Ántilok quedaron justo en medio de ésta. El búmeran siguió dando vueltas en círculo

una y otra vez rodeándolos mientras caían unas cuatro veces hasta que la sog a se terminó. El rey y el soldado quedaron enrollados en este lazo translúcido y brillante.

Afortunadamente Arcon quedó con una mano libre del enredo, mano que utilizó para agarrar el búmeran y sostenerlo con fuerza para que no fueran a desenrollarse.

Karime, por su parte, esperó el jalón que le daría el otro extremo de la sog a que había enredado en su antebrazo. Y sucedió. La cuerda se tensó abruptamente debido al peso y Karime sintió un tirón que casi le zafó el brazo.

—Aaagh...

Arcon y Ántilok habían dejado de caer debido a que el lazo del búmeran los había enredado, pero el peso de ambos era demasiado para Karime, que aunque era una chica mucho más fuerte que cualquiera de su edad, estaba sosteniendo el peso de un hombre y un niño con una sola mano, ya que con la derecha, se aferraba a la montaña.

—... No... no puedo... —susurró para sí— ... Pesan... dema... siado.

El rey y el soldado Ántilok, un hombre robusto, miraron hacia arriba. Ninguno de los dos sabía cómo Karime, sujeta con una sola mano, podía soportar el peso de ambos.

—¡¡Ayuda!! —espetó la sired desde lo más hondo de su garganta— ¡¡Necesito ayuda!!

Los dos soldados que estaban un par de metros arriba de ella ya venían descendiendo a toda prisa. A pesar de ello, en plena vertical, era difícil avanzar más rápido.

El lazo azulado que Karime tenía enredado en su muñeca comenzó a cortar le la piel por la presión que ejercía el peso que soportaba y en su rostro se evidenció el sufrimiento, pero la vida del rey dependía de que ella resistiera, eso le infundió valor para aguantar hasta que uno de los soldados llegó a su lado, y, tomando la sog a de un poco más abajo, ayudó a Karime a soportar el peso.

Hasta ese momento Arcon y Ántilok respiraron con alivio, aunque realmente el peligro no había pasado.

Pero a pesar de permanecer colgado, y de casi haber muerto, nadie podía sacarle aquel pensamiento a Arcon de la cabeza. Volvió su mirada hacia abajo y observó que el risco al que pretendían llegar ahora estaba mucho más cerca, sólo que, colgando de

aquella soga azulada parecía inalcanzable. Una nueva idea rondó por su cabeza, algo escabroso, incluso para su valentía, pero era una posibilidad.

—Voy a soltar esto, Ántilok —señaló Arcon el búmeran que sostenía para que ambos no se desenrollaran.

El soldado estaba aterrado. Nunca había estado en situación semejante, atascada de peligro.

—Si lo suelta, majestad, nos vamos a desenredar.

—Lo sé. Eso quiero.

—¿Desenredarse? —preguntó con los ojos desorbitados— ¿Pe... pero por qué?

—Necesito llegar allá —señaló un risco que estaba por debajo y a la izquierda de ellos.

—¿Has... hasta allá? ¿Y cómo pretende llegar allá, majestad?

—Columpiándonos y saltando —fue la sencilla respuesta de Arcon.

Todos y cada uno de los vellos de Ántilok se pusieron de punta. ¡Era descabellado! Sólo a alguien sin cerebro podría ocurrírsele saltar desde esa distancia.

—No... no es posible. No lo lograríamos.

—Claro que sí —afirmó el rey—. Si nos balanceamos lo suficiente podemos saltar, y llegar.

—Y sólo pasarán dos cosas, majestad. La primera es que no lleguemos a ese risco y caigamos al vacío, y esta vez no creo que la messtre Theradam logre salvarnos. La segunda es que si logramos llegar lo haremos muertos, y si tenemos suerte de no morir entonces terminaremos con la mitad de los huesos rotos. Ese risco está muy apartado de nosotros.

Arcon reflexionó en ello, y preguntó:

—¿Por qué sólo piensas en que los resultados serán tan desfavorables, Ántilok?

—Majestad, usted describió de la misma forma lo que me sucedería a mí si no agarraba su mano hace un momento. Incluso fue más dramático. Creo que hasta ahora nos ha ido bien, pero no deberíamos seguir tentando a la muerte de esta manera.

Quizá Ántilok tenía razón. Era una locura arriesgarse tanto, pero en ese momento, Arcon sintió una gota más que lo mojaba, y otra, y otras gotas que dieron inicio a la

lluvia contenida en las nubes grisáceas que abarrotaban y oscurecían el cielo. Simplemente no pudo esperar.

—Lo siento, Ántilok —resolucionó presuroso—. Tengo que hacerlo. Sujétate bien de la sogá porque voy a soltar el búmeran.

—... Majestad —irrumpió suplicante el soldado—, piense muy bien lo que va a hacer. No puede salir nada bueno en una situación de tanto riesgo.

—Tengo que hacerlo. Sujétate.

Ántilok se aferró a la sogá azulada con sus dos manos antes de que Arcon soltara el búmeran, y éste comenzó a desenrollarse dejándolos en libertad. El soldado quedó colgando de la parte donde habían quedado enredados, en cambio, Arcon se desenrolló junto con el búmeran, y al punto de caer se aferró con sus dos manos al artefacto que daba fin a la sogá. Arcon sólo esperaba una cosa, que al búmeran no se le fuera a trozar la sogá, si no, él se iría al vacío ya que sólo pendía de él agarrado con sus dos manos.

—¡Karime! —gritó el rey desde abajo— ¡Balancéame!

—¿Qué? —inquirió incrédula.

Un tercer soldado ya ayudaba a sostenerlos, y el peso repartido entre los tres era mucho fácil de aguantar, aunque no dejaba de ser peligroso estar sujeto en aquella vertical con dos pies y una sola mano.

El soldado más próximo a Karime repitió las palabras del rey:

—Su majestad quiere que lo balanceemos, messtre.

—¿Balancearlo? —volvió a preguntarse Karime con un rostro confuso.

—¡Vamos, Karime! ¡Date prisa! —insistió Arcon desde abajo.

—No sé qué descabellada idea esté entretejiéndose en la cabeza de su majestad, messtre —adujo el soldado—, pero el rey está colgado y sostenido sólo con sus dos manos. La sogá ya no lo tiene sujeto.

Karime se caracterizaba por pensar fugazmente y a los pocos segundos descifró las pretensiones del rey. Arcon planeaba tomar vuelo y aventarse hasta el risco.

—Maldición, es una locura lo que intenta hacer.

—¿Qué intenta? —inquirió el otro soldado sin comprender.

—Tentar a la muerte. Recen a todos los dioses para que su plan resulte. ¡Vamos, soldados! —replicó Karime con firmeza—. Lo cumpliremos lo más fuerte que podamos.

La soga comenzó a pendular de un lado para el otro con Arcon en la punta y Ántilok un poco más arriba.

—¡Más fuerte! —les ordenó.

Al poco tiempo Arcon estaba meciéndose tan recio que las gotas de lluvia que se le entremetían en los ojos no lo dejaban ver con claridad.

—¡Majestad! —lo llamó Ántilok sintiendo que en cada vaivén se le escapaba la vida— ¡No salte! ¡No logrará llegar! ¡Por favor no lo haga!

A pesar de que el risco al cual pretendían saltar se acercaba en los vaivenes, aún se seguía viendo demasiado lejos, y... demasiado alto también.

Arcon no hizo caso, es más, parecía no haberlo escuchado, en su mente sólo había un pensamiento: llegar a ese risco. Era preciso llegar cuanto antes ya que la lluvia cada vez era más intensa.

Y fue cuando la soga alcanzó la máxima inclinación hacia la derecha que Arcon se impulsó lo más que pudo hacia delante y se soltó.

Desde arriba, el cavilar Gorat no daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo. El mismo corazón se le detuvo cuando vio al rey salir volando en medio de las dos montañas.

—Por todos los dioses, majestad... ¿Qué hace? —susurró para sí.

Karime, desde donde estaba, también susurró algunas palabras:

—Tú puedes, Arcon. Tienes que llegar.

Arcon voló, y voló, y el risco se fue acercando a él, más cerca, más cerca, y cada vez más cerca, hasta que un violento golpe lo sacudió cuando se estrelló contra el suelo. Había llegado al risco, pero su cabeza rebotó contra la roca un par de veces hasta que su cuerpo quedó inmóvil. Todos esperaron unos segundos, que ante los hechos, parecían horas.

—¿Por qué no se mueve? —inquirió Karime preocupada, y no dudó en llamarle— ¡Majestad! ¡Majestad, ¿puede oírme?!

No hubo respuesta ni seña de movimiento por parte de Arcon. Yacía tendido en el suelo pedregoso del risco.

—Vamos, Arcon, levántate —se volvió a decir a sí misma sin quitar la mirada de su inseparable amigo—. Por favor, levántate.

Sin excepción de ninguno de los presentes, ya se encontraran en la cima de la montaña (como Gorat y sus soldados), a la mitad de ella sosteniéndose en la vertical (como Karime y los otros dos soldados), o colgando de la soga aún más abajo (como Ántilok), miraban hacia el risco esperando que Arcon diera una señal de vida.

Una angustia creciente se anidó en sus corazones, sobre todo en el de Karime, que no dejaba de observarlo a distancia. Y estaba a punto de ver la manera de ir hacia él cuando creyó ver que se movió un poco. La siret achinó sus ojos.

—¡Majestad!

Arcon se sentía en otra dimensión. El golpe había sido brutalmente fuerte. Sentía cada hueso de su cuerpo, con facilidad podría haberlos contado todos. Tenía una abierta en la frente de la cual le escurría sangre y con seguridad se le haría un chichón en la parte trasera de la cabeza, que había rebotado como pelota. Antes no se había fracturado el cráneo. Aún con todo, y con bastante esfuerzo, logró sostenerse con sus manos y piernas para poder quedar a gatas.

—... Ra... vos —bufó— ... Esa caída, sí... que estuvo dura —y apenas su cerebro estaba reaccionando cuando recordó el motivo que lo había llevado a hacer un acto tan descabellado— ... El *elixir*.

La lluvia arreciaba haciendo pequeñas cascadas entre las rocas. Todos estaban empapados, pero Karime y Gorat suspiraron de alivio cuando, cada uno desde el punto en el que estaba, vieron levantarse a Arcon del suelo.

—No cabe duda que el rey tiene agallas —expresó Gorat aliviado por fuera, pero condenadamente enojado por dentro.

Arcon logró ponerse en pie y paso a paso se introdujo un poco en la parte interna del risco. Miró hacia todos lados. No había más que rocas y más rocas.

—¿Dónde está? ¿Dónde? —se cuestionó entrando en un estado de desesperación debido a que la lluvia mantenía todo empapado.

Y en su búsqueda, volteó hacia la derecha. En la parte superior de una roca que sobrepasaba su altura creyó ver algo que no pertenecía a la congruencia de la naturaleza. Se talló los ojos para observar mejor y volvió a observar. De sus labios surgió un esbozo sonrisa.

—¿El elixir?

Arcon alcanzó a ver un camino delgado de un líquido verde amarillento fosforescente sobre la roca de la montaña.

—¡El anciano tenía razón! —vociferó mientras se acercó a la pared y escaló los dos metros de altura que lo alejaban de aquella piedra—. Dijo que en el risco que unía la cordillera Norte y la Sur de Trella había una roca de la cual brotaba un elixir mágico. Sólo tengo que recolectar un poco.

A Arcon lo asaltó una enorme emoción. Había encontrado el elixir y eso sólo podía significar una cosa. Sin embargo, al subir lo suficiente, se dio cuenta que el pequeño surco de elixir que se había formado estaba muy mezclado con el agua de la lluvia, y cada gota que caía, se diluía más.

—No, no por favor —adujo contrariado, e inútilmente intentó embarrar un poco del líquido verdoso en sus dedos para recuperar algo, pero ya estaba muy disuelto—. ¡No! ¡No! ¡No puede ser!

Perdiendo toda esperanza Arcon dejó caer su cabeza sobre su mano con la que se sostenía. Tuvo que contenerse para que las lágrimas no se le salieran. Un sentimiento de impotencia conjugado con decepción embriagaron su corazón.

A lo lejos, escuchó la voz de Karime que volvió a llamarle:

—¡Majestad!

Arcon levantó un poco la mirada, su rostro reflejaba una gran amargura, pero fue justo al hacerlo que observó una pequeña cavidad dentro de la roca. El agua de la lluvia, que ya escurría por todos lados, aún no alcanzaba aquel pequeño hueco, y lo más increíble de todo era que dentro había una pequeña cantidad virgen de elixir. El rostro de Arcon sufrió un vuelco precipitado de emoción.

—¡Ja! ¡Lo encontré! ¡Encontré el elixir!

Con destreza y velocidad sacó de su cinturón dos especies de probetas pequeñas con un succionador en uno de los extremos. Quitó el tapón a la primera e introdujo la

punta en el diminuto charco. El líquido fluorescente fue succionado hacia el envase, y una vez lleno, lo selló con su tapón y lo envolvió en un paño color gris que guardó en un compartimiento de su cinturón. Llevó a cabo la misma acción con la segunda probeta hasta dejar sólo un manchón verdoso de elixir sobre la roca.

Cuando terminó esta tarea descendió unos pasos de la roca y echó un brinco, y luego, parándose en el filo del risco levantó en alto el pomito de elixir.

—¡Karime! ¡Lo tengo! —gritó arrebolado.

Karime esbozó una minúscula sonrisa, tan pequeña que ninguno de los soldados que permanecían a su lado se percató de ello.

"Siempre te has de salir con la tuya, Arcon".

Todo lo contrario a la sired, los tres soldados expresaron su algarabía a gritos. No sabían qué rayos había logrado, pero lo había conseguido.

Karime entonces se dirigió al soldado que tenía a su lado. Entre los tres aún sostenían la soga del búmeran del cual pendía Ántilok.

—Voy a bajar con el rey, soldado. Necesito que entre ustedes dos continúen sosteniendo la soga. ¿Creen aguantarnos a mí y su compañero que sigue allá abajo?

—Sí, messtre Theradam. No se preocupe.

—Cuando esté allá abajo quiero que me balanceen como hicimos con el rey. Luego regresen todos con el cávilar Gorat.

—¿Y usted y el rey, messtre?

—El rey y yo todavía tenemos que hacer una cosa más.

El soldado asintió, entonces Karime desenredó de su muñeca la soga azulada. Fue cuando el soldado más próximo a ella vio lo lastimada que estaba. Tenía mucha sangre alrededor.

—¿Se encuentra bien, messtre Theradam?

—No se preocupe, soldado. He estado en peores condiciones.

Karime tomó la soga con sus dos manos enredando su pie en ella para deslizarse los casi sesenta metros hacia abajo hasta llegar junto a Ántilok, que permanecía cuatro metros arriba del extremo final de la soga que terminaba en el búmeran.

—Voy a pasar sobre usted, soldado —le advirtió Karime antes de utilizarlo casi como escalera. Ántilok asintió.

La siret continuó descendiendo hasta quedar sostenida del búmeran con sus dos manos de la misma forma que Arcon lo había hecho antes. Los soldados de arriba comenzaron a mecerlos.

—¿Saltará hacia allá igual que el rey, messtre?! —le preguntó Ántilok durante el balanceo.

—¡Sí! ¡Tengo que ir con él!

—¿Y si no lo logra?!

—¡Si él lo logró, yo también!

El balanceo cada vez era más intenso, por lo cual, tenían que hablar a gritos.

—¡Ah, y una cosa más, soldado! ¡Cuando llegue arriba dígame a Gorat que el rey ordena que regresen a Ándragos, y que pase lo que pase no haga nada hasta que su majestad vuelva!

Ántilok asintió, y cuando la soga alcanzó su máxima inclinación Karime se impulsó lo más que pudo hacia delante, y se soltó.

Karime voló por los aires. La lluvia arreciaba y la cegaba por completo, por ello no se dio cuenta que justamente iba en dirección a Arcon que permanecía parado atento al salto de su amiga, y debido a ello también, el propio Arcon no tuvo tiempo de reaccionar cuando vio que Karime ya venía tan cerca de él. Sólo le dio tiempo de cerrar con gran fuerza el puño con el que sujetaba la probeta con el elixir y de cubrirse la cabeza con su otro brazo. El grito de los dos se escuchó al unísono.

—¡Aaaah!

Fue un golpe seco. Karime se impactó contra Arcon y se lo llevó de encuentro hacia atrás y fueron a parar contra una pared de roca que a ambos los detuvo. Tuvieron que pasar unos segundos antes de que Karime sacudiera la cabeza un par de veces.

—¡Auch! —masculló la siret llevándose una mano a la cabeza para sobársela, pero su pensamiento se colocó de inmediato en el rey, que, tendido en el piso, estaba inmóvil de nuevo— ¿Arcon? —preguntó acercándose a él a gatas— ¿Arcon, estás bien?

El rey logró emitir unas palabras sofocadamente.

—Me... sacas... te... el... ai... re...

¡Claro! ¡Por supuesto! ¡Arcon había amortiguado la caída de Karime cayéndole encima!

—¡Cielos, Arcon! —refunfuñó gritándole enfurecida— ¡Eres un maldito escuincle sin cerebro! ¡Eres el rey, ¿lo recuerdas?! ¡No puedes estar atentando contra tu vida de una forma tan estúpida!

Arcon no podía respirar, y para colmo, tenía que soportar las amonestaciones de su protectora.

—... No estoy... para re... gaños... Karime. Guárda... telos para... otra ocasión...

Karime tuvo que amainar su rabia al ver que en verdad Arcon no podía moverse.

—Y todavía te quedas ahí parado como si tuvieras el don de la disipación. ¿Por qué no te hiciste a un lado?

Arcon empezó a moverse lentamente. Primero la cabeza, luego las manos y los brazos, abrió los ojos. Aún permanecía tirado boca arriba en el suelo.

—No me dijiste... que me ibas a usar... de blanco...

El comentario hizo sonreír a Karime y Arcon copió el gesto mientras la joven le ayudó a ponerse de pie.

—¿Estás bien? —le cuestionó la siret mientras lo tomó del brazo.

—Créeme que nunca se me va a olvidar lo que acabas de hacer.

—Yo no tuve la culpa. La tuviste tú por meterte en mi camino. ¿O qué? ¿Debía cambiar de dirección mientras volaba? ¿Qué acaso traigo una palanca de direcciones?

—Caíste encima de mí.

—Porque tú no te quitaste, tonto —y una vez que los dos estuvieron de pie Karime cambió el tema abruptamente—. ¿Lo tienes?

Arcon levantó en su mano la probeta mostrándosela llena del líquido fluorescente.

—Por supuesto —expresó con una amplia sonrisa—. Para eso bajamos hasta acá. ¿Y el grolyn? —inquirió el rey.

Karime lo sacó de su porta estuche de piel que llevaba colgado a la espalda y se lo pasó al rey.

De la parte de debajo de la punta del cetro giró una tipo enroscadura. Los tres picos, con apariencia de colmillos hacia arriba con los que estaba engarzada la enorme piedra preciosa, se hicieron hacia atrás automáticamente dejando el diamante en

libertad. Con la ayuda de Karime, Arcon quitó la grandiosa piedra y vació la probeta de elixir en la base del diamante, luego volvió a colocarla en su lugar y los colmillos la apresaron de nuevo.

Arcon y Karime esperaron a que algo ocurriera con el grolyn. El cambio surgió cuando en el interior de la piedra roja comenzó a agitarse algo semejante a un humo que se fue tornando verdoso adquiriendo el mismo tono fluorescente del elixir. A los pocos segundos el grolyn ya no despedía el color rojizo con el que siempre había brillado desde su reactivación hacía un año, ahora su brillo estaba cambiando tornándose verdoso.

Ambos chicos se emocionaron al ver el evidente cambio. Se sintieron casi triunfantes.

—Bueno —suspiro Karime con alivio y satisfacción—. Lo más fácil está hecho.

—¿Esto fue lo más fácil?

—Considerando que lo que viene no tenemos la certeza de que funcionará, sí, creo que hasta donde vamos ha sido la parte fácil. Ahora sólo necesitamos reunir el valor que se necesita para saltar de aquí al infinito —replicó acercándose al precipicio que aún había por debajo de ellos, ya que el risco en el que estaban parados se encontraba más o menos a tres cuartas partes de la altura total de aquellas montañas, lo cual quería decir que debajo de ellos había muchísimos más metros de los que había por encima de sus cabezas.

—Pues comienza a orar a los dioses para que esto funcione —replicó el rey.

Arriba, Ántilok ya había alcanzado la vertical junto a los otros dos soldados.

Arcon y Karime se colocaron en el filo del risco. El rey traía el grolyn refulgente en color verde en la mano.

—¿Estás lista?

Karime miró hacia abajo. Si no funcionaba lo planeado era una muerte segura.

—¿Por qué no mejor utilizas primero el grolyn y luego saltamos? —inquirió ella viendo hacia ese abismo que parecía infinito.

—Porque las instrucciones son específicas. Primero saltamos y luego utilizo el grolyn.

Karime suspiró.

—¿Y si la parte del grolyn es la que no funciona?

—Sin duda moriremos.

Karime volvió a mirar con recelo aquel vacío.

—Debemos estar locos para acceder hacer esto, Arcon.

—O desesperados —afirmó el rey.

—De acuerdo —afirmó ella sin problema, o al menos quería aparentar que no había problema—. Saltaremos a las tres, ¿te parece?

—Me parece.

—Una cosa más —agregó la chica—. Si por cualquier cosa algo falla quiero que sepas que ha sido un placer conocerte y convivir contigo.

—¿Aunque te la pases regañándome?

—Es mi trabajo.

Arcon sonrió.

—De acuerdo, Karime. Si por cualquier cosa algo falla yo también quiero que sepas que ha sido un placer escuchar tus regaños, pero más placer ha sido tenerte de cómplice en mis locuras.

—¿Como ésta?

—Como esta —confirmó Arcon.

Karime también sonrió.

—Muy bien. Y empezamos la cuenta —desechó otro suspiro, como armándose de valor, y dijo—. Uno...

—Dos... —mencionó Arcon, y miró a Karime. En su mente pasó el pensamiento que quizá se estuvieran viendo por última vez.

—Tres —completó Karime la cuenta con pasividad en su voz.

Arcon Ásteris y Karime Theradam, inseparables amigos de toda la vida, simplemente se dejaron caer al vacío.



Arcon y Karime llegan a la Tierra

Era un día común en casa de la familia Barón ubicada cerca de Lincoln Park. Hacía ya un año que Eric, Héctor y Roberto Barón habían regresado de aquel aventurero campamento, y gracias a aquel intrépido viaje a Fagho la familia Barón se había hecho de una cuantiosa e inesperada fortuna. Ahora se habían mudado a ese hermoso vecindario y vivían en una preciosa residencia.

Durante ese año se habían dado lujos que de otra forma no hubieran podido tener jamás, ya que el dinero que habían obtenido por encontrar la olla de oro al final del arco iris resultó ser una fortuna mucho más grande de lo que cualquiera pudo haber imaginado. *Bibiana Barón*, la esposa de Roberto y madre de los chicos, y la única de la familia Barón que no había asistido a dicho campamento, nunca había alcanzado a comprender cómo habían encontrado verdaderamente una olla llena de monedas de oro al final del arco iris aún y a pesar de haber escuchado cientos de veces la historia de las bocas de sus hijos y su marido. En realidad era algo inconcebible para cualquier persona normal y sensata.

A pesar de que el estatus económico de la familia había cambiado radicalmente ninguno de sus integrantes se había visto demasiado afectado por ello. Eric y Héctor continuaban teniendo una vida normal, y aunque en ocasiones sí se encaprichaban con ciertos lujos, su personalidad seguía siendo tan sencilla como el día que habían regresado de Fagho.

Estaba comenzando la mañana cuando Eric bajó corriendo las escaleras para desayunar. Roberto ya leía el periódico sentado a la mesa mientras se tomaba su café matutino y Bibiana terminaba de preparar un par de licuados de vainilla y pan tostado con mantequilla de maní.

—Buenos días —irrumpió Eric en la cocina saludando a sus padres, ellos le devolvieron el saludo—. Hoy tengo entrenamiento de fútbol, papá. Saldré tarde.

—Bien —respondió Roberto dejando el periódico a un lado para darle un sorbo a su café—. Pasaré por ti a las cuatro.

—A las seis mejor. Terminando el entrenamiento iremos a casa de Jayden a hacer un trabajo de ciencias para mañana.

—Buen día, familia —hizo Héctor su aparición en la cocina recién bañado y perfumado, y después de darle un beso a su mamá se empinó el vaso de licuado de un trago.

—¿No vas a comerte ni siquiera un pan, hijo? —preguntó Bibiana observando la velocidad con que Héctor tomaba la leche; al terminar dejó el vaso en el mismo sitio ya sin gota de leche por supuesto.

—No, mamá, ya voy tarde. Tengo clase temprano. Los veo luego.

Y con la misma presteza con la que había entrado fue con la que salió de la cocina desapareciendo con su mochila al hombro.

Bibiana dio un suspiro. ¿Por qué en las mañanas siempre todos andaban a la carrera?

—Bueno, vámonos nosotros también, Eric. No quiero llegar tarde esta vez —repuso Roberto cerrando definitivamente las amplias hojas del periódico.

—Siempre llegamos tarde —musitó el chico.

—No siempre, jovencito —le aclaró.

—Bueno, casi siempre —dijo alcanzando a darle otra mordida a su pan antes de dejar la mesa con el pan a medio terminar.

—Nos vemos en la tarde, amor —se despidió Roberto de Bibiana con un rápido beso en los labios.

—Que les vaya bien; y por favor no hagas travesuras en la escuela, Eric, ¿entendiste?

Eric asintió al tiempo que le dio un beso a su madre pensando que ese día sería aburrido. No había clase de laboratorio, o sea que no trabajarían con ranas. No podría molestar a las niñas tampoco.

“Lo intentaré”, pensó Eric.

Después de que padre e hijo dejaron la cocina y escuchó a lo lejos el ronroneo del motor del auto de su marido que se alejaba, Bibiana Barón se dispuso a recoger la mesa metiendo los trastos en la lavavajillas. Ya vestía un pants y una sudadera y al terminar de asear la mesa salió al hall de entrada, tomó una gorra de entre varias del perchero, agarró las llaves de su Volvo y también dejó la casa Barón. Cada mañana iba a ejercitarse a un gimnasio cercano a casa, eso la mantenía en forma.

Bibiana Barón tenía el cabello oscuro al igual que su esposo e hijo mayor, aunque un tanto ondulado; era de tez blanca, ojos claros, y a pesar de tener un hijo de dieciocho años y ella rondar por los cuarenta, era una mamá que muchos hombres todavía volteaban a ver.

Si esa mañana Bibiana Barón se hubiera quedado sólo unos minutos más en casa se habría percatado que en lo alto del techo de su sala apareció un destello de luces diminutas y brillantes. En conjunto hicieron una formación cada vez más intensa y dieron origen a un haz luminoso que se trazó a dos metros del suelo. La línea brillante se expandió volviéndose un óvalo luminoso que se mantenía suspendido en el aire casi al ras del techo. Dentro de él podían observarse una gama de colores que se agitaban de forma semejante al movimiento del agua. Eran siete. Los colores del arco iris.

En la periferia del óvalo, que medía alrededor de dos metros de ancho, brillaban miles de refulgentes lucecillas de color blanco. Ver aquel hecho inexplicable habría sido sorprendente para cualquiera, pero nadie habría podido deducir que aquel acontecimiento maravilloso fuera un portal.

—¡Aaaah! —se alcanzó a escuchar un par de gritos desde adentro del óvalo multicolor.

Y de ahí, de ese portal formado bajo el techo de la sala de la casa de la familia Barón, salieron expulsados casi en caída libre nada más y nada menos que Arcon y Karime.

Los dos faguenses cayeron a plomo hasta el piso con un golpe seco y sordo, y una vez que salieron de él, el óvalo multicolor se volvió a contraer hasta formarse de nuevo la línea blanca deslumbrante para luego, desde ambos extremos, ir desapareciendo hasta formar un punto que finalmente se desvaneció.

—¡... Demonios, Arcon! —bramó Karime quejumbrosa— ... Si continuamos a... este ritmo creo que voy a terminar inmobilizada en mi cama de por vida con todos los huesos de mi cuerpo rotos.

—¡Auch! —se quejó también él—. Y eso que te voy ganando con una caída.

Arcon no podía dejar de sobarse la espalda a pesar de permanecer contraído en un ovillo.

Con gran esfuerzo comenzaron a levantarse, pero los ojos de ambos se abrieron de par en par cuando se encontraron en un lugar totalmente desconocido. Aún estaban empapados y sucios después de permanecer tanto tiempo bajo la lluvia en las cordilleras de Trella y por todas partes les escurrían gotas de agua con tierra.

Arcon mantenía el grolyn sujeto a su mano con fuerza, y una vez en pie repasaron con la mirada todo su alrededor. No tenían la certeza absoluta de dónde se encontraban, pero la buena noticia era que no estaban muertos. Karime, mucho más precavida, revisó con la mirada, cual águila rapaz, cada rincón de aquella sala.

—¿Crees que estemos donde debemos estar? —se atrevió a preguntar susurrante.

—Espero que sí. ¿Dónde estaríamos si no?

—En cualquier parte. El universo es infinito.

Cautelosamente caminaron observando cada detalle. Los tres sillones, la mesa central con una gran esfera de cristal dispuesta a modo de una simpática pecera, dentro nadaban algunos pececillos que entraban y salían de una resina en forma de zapato viejo corroído. Las mesillas laterales tenían algunas figurillas de porcelana, un enorme reloj de péndulo adornaba una de las esquinas y las cortinas del ventanal que daba a un jardín lucían muy bellas. Pero fue en dicho recorrido con la mirada que Arcon vio algo que llamó su atención. Se acercó hasta la chimenea y de encima de ella tomó una fotografía colocada en un portarretratos, una foto en la que aparecía Eric muy sonriente con su uniforme, seguramente tomada al término del ciclo escolar anterior.

—Hey, psst. ¡Mira! —y no pudo evitar sonreír cuando se lo mostró—. Estamos aquí

Karime apenas pareció sonreír, aunque en sus adentros la embargó un gran alivio. ¡Era increíble que hubiesen logrado llegar al mundo de Eric y Héctor!

—Si hubo algo en lo que siempre estuve de acuerdo con tu padre era cuando decía que habías nacido bajo la influencia de una buena estrella —le respondió la siret al rey levantándole las cejas. (Este decir en Fagho significaba lo mismo que para nosotros decir que Arcon era un chico con suerte).

Arcon se volvió hacia la chimenea y repasó con la mirada todas las demás fotografías. Una donde Héctor salía recargado en una Hummer color negra y dos más donde Eric y Héctor eran aún pequeños; en una estaban acompañados de sus abuelos. La siguiente fotografía era de Roberto Barón cuando era más joven. En ella abrazaba a alguien más. Sus hijos tenían bien sabido que había sido su mejor amigo y que había muerto antes de que Eric naciera. Los dos amigos sonreían subidos en un bote y ambos traían una caña de pescar en sus manos. Roberto siempre le había tenido un especial afecto a esa fotografía. Otro portarretratos más, una donde salía la feliz pareja de los Barón el día de su boda; ambos lucían jóvenes y felices, llenos de amor. En la última fotografía aparecía la familia Barón completa. Los cuatro lucían sonrientes y felices y no tenía más de algunos meses de haber sido tomada. Fue ésta la que llamó más la atención de Arcon. Dejando la de Eric que aún traía en mano, Arcon cogió esta nueva foto. Reconoció inmediatamente a Roberto, lo había conocido hacía un año, pero fue por primera vez donde vio a la madre de Eric, Bibiana, y fijó su mirada en ella. Por un instante le recordó a su madre que había muerto siendo él tan pequeño, cinco años a su lado fueron pocos, no eran muchos los recuerdos que tenía de ella, pero ver aquella fotografía, en la que aparecían los Barón, le hizo sentir un atisbo de añoranza. No le cupo la menor duda que los hermanos habían nacido bajo una mejor estrella que él sólo por una razón, porque Eric y Héctor, al lado de sus padres, formaban una familia envidiable.

Mientras tanto Karime, sigilosa como de costumbre, echó una ojeada a la parte de abajo de la casa antes de subir a la planta alta. A los pocos minutos Arcon se le unió cuando ella desapareció de la sala y juntos subieron las escaleras hacia el segundo

piso. Entraron a la primera puerta a su paso viniendo por el pasillo. La habitación principal.

De ninguna manera era como la de Arcon (o incluso aún como la que Karime tenía en el castillo de Ándragos). Siendo rey de un poderoso y vasto reino Arcon vivía con lujos extremos. No obstante, la habitación de los señores Barón era muy amplia, incluso tenía una sala de estar junto al ventanal del balcón. Casi todo estaba en orden, sólo la cama sin tender. En ella había cosas que los faguenses nunca habían visto en su vida como la pantalla plana de sesenta pulgadas que permanecía expuesta en un centro de entretenimiento frente a la cama king size. Arcon se acercó a ella lo más que pudo y se quedó mirando la pantalla negra como si de pronto esperara ver algo, una imagen o una figura que se formara igual que en una bola de cristal. La rozó con cautela con sus dedos teniendo puesta toda su atención en ella.

—¡¡¡Hey!!!

Arcon saltó del susto.

—No toques nada —le advirtió Karime, aunque la comisura de sus labios enmarcaban una ligera sonrisa burlona después de ver el tremendo susto que le había metido. Eso había sido totalmente intencional.

—Ja. Ja. Muy graciosa —refunfuñó el rey.

Pero así como entraron, los faguenses salieron de esa habitación. No encontraron nada en ella que llamara su atención.

Avanzaron por el pasillo hasta la siguiente puerta que permanecía cerrada. Karime iba al frente y con cautela la abrió. La cama matrimonial sin tender lucía en primer cuadro, pero ahí adentro, apareció un mundo totalmente diferente para ellos. Karime y Arcon jamás habían visto nada igual.

Las repisas postradas en las paredes estaban inundadas de juguetes con carros de control remoto y muñecos de acción. La pared estaba decorada con un tapiz de planetas interestelares y del techo colgaban con hilos dibujos de otros tantos astros que el mismo Eric había dibujado. Entre los muchos planetas había uno más grande que todos, un planeta rojo colocado al centro de la habitación: Fagho, y junto a éste, el dibujo de un pegaso negro con un mechón color añil le hacía conjunto. En una gran cómoda había un castillo de juguete con pequeños monitos de plástico que había

comprado en una juguetería, un castillo que, aunque no era realmente semejante, para Eric en sus juegos era el imponente castillo de Ándragos. Había armas de juguete como arcos, flechas, espadas y lanzas, incluso un telescopio postrado al pie de la ventana, naves espaciales y colores por todos lados. También había una pantalla negra encima de una cómoda y tirados en el piso los controles y un x-Box. Aunque no tenía idea de lo que era todo aquello, Arcon quedó maravillado con todo ese universo desconocido.

—Wow...

Pero de entre todas éstas, que para los faguenses eran novedades, hubo algo que llamó la atención de Karime. Postrada en la pared, frente a su cama, permanecía expuesta la espada que Eric se había llevado consigo de su viaje a Fagho, la que aquel rolator moribundo le había regalado antes de fallecer, y no hacía falta ser muy observador para darse cuenta que Eric la tenía colocada en un verdadero lugar de honor.

Al verla, Karime esbozó una sonrisa. Le dio un enorme gusto que, a pesar del tiempo transcurrido, Eric los tuviera tan presentes.

—¿Arcon? —llamó la atención del rey, que entretenido observaba atónito la forma en la que Eric tenía acomodadas las decenas de muñequitos de plástico de dos ejércitos que parecían enfrentarse frente al castillo. Uno de los dos ejércitos estaba conformado, en vez de figurillas de personas uniformadas como las que defendían el castillo, con una gama de monstruitos de diversas formas, figuras extrañas y feas, pero no muy alejados en la imaginación de Eric para representar a los draconianos y a los caramarcadas. Éste ejercito era el que estaba perdiendo la batalla antes de que Eric dejara de jugar.

Cuando Arcon volteó tras el llamado de Karime, ella señaló hacia la pared donde permanecía empotrada la reluciente y sin igual espada de Eric. Arcon también sonrió, pero éste lo hizo con toda la extensión de sus labios. Su pensamiento fue el mismo que el de la siret. Eric no los había olvidado, y todo, todo lo que había en ese cuarto representaba de alguna forma las aventuras que habían vivido en Fagho hacía un año.

—Bueno, dejémonos de sentimentalismos —irrumpió Karime el silencio cernido debido a la expectación—. Tenemos que encontrarlos. Revisa en este lugar algo que nos guíe a ellos. Yo mientras buscaré afuera.

Dejando a Arcon en la habitación de Eric, Karime avanzó por el pasillo hasta la siguiente puerta. La abrió, y entró en la tercer habitación.

Aunque también tenía muchas cosas, había un real contraste entre una y otra recámara. En ésta no había juguetes, más bien libros desperdigados, innumerables gorras, ropa regada, las paredes tenían algunos posters de grupos de rock, autos y motos. Claro, Karime no tenía ni idea de qué rayos eran esos artefactos con ruedas. Al fondo había un gimnasio casero y dos guitarras paradas en sus atriles, una roja y una negra junto a su amplificador. Karime miró con detenimiento todo aquello, sobre una repisa había unos autos a escala de un BMW, un Mercedes, un Audi, un Mustang y un Masseratti, y más allá, colocados en una pared, un bat y un guante de béisbol autografiados. Era la habitación de Héctor.

La siret suspiró. ¿Dónde empezar a buscar? ¿Cómo? Pero mientras pensaba en ello, su mirada se detuvo en la pila de libros que estaban sobre el escritorio al lado de la computadora. No fueron realmente los libros los que le robaron la mirada, sino lo que permanecía detrás de éstos.

Acercándose llevó su mano hasta tomar el cuaderno de dibujo, que aunque en algún momento tuvo un lugar en el escritorio muy visible ahora permanecía casi oculto por aquella pila de libros que permanecía enfrente. Al levantarlo hasta el ras de su mirada Karime sintió algo inusual en ella, su corazón se exultó y su pulso se aceleró. Afortunadamente estaba sola porque con seguridad su rostro tendría el gesto evidente del asombro que le causó ver lo que estaba plasmado. Era un retrato de medio cuerpo hecho a lápiz, y el parecido era increíble, parecía que Héctor la había dibujado posando ella misma.

Karime observó su propio dibujo durante un buen rato. Con dos de sus dedos lo rozó. ¿Cómo había podido Héctor hacer un retrato de ella tan perfecto? Y por fin surgió por primera vez de sus labios una hermosa sonrisa.

—¿Quién lo dijera? —musitó casi imperceptiblemente—. Resultaste ser un buen dibujante.

Después de un momento lo volvió a colocar exactamente en su mismo lugar oculto. Fue al hacer este acto cuando se dio cuenta que sobre todos los libros había un papel grueso que tenía la foto de Héctor del lado superior izquierdo. Todo lo demás eran una gama de símbolos que Karime no supo cómo interpretar, pero había un escudo impreso al centro, como una marca de agua, y Karime sabía muy bien que un escudo es una muy buena referencia para encontrar cualquier sitio. Lo que para ella eran puros símbolos raros para nosotros se leería claramente en el membrete de la hoja: St. Benedict High School. Era la boleta de calificaciones de Héctor.

En ese instante, Arcon entró a la habitación.

—¡Lo tengo, Karime! ¡Creo que ya sé dónde encontrar a Eric! —espetó casi emocionado mostrándole a la siret una fotografía grupal donde salía Eric con todos sus compañeros de grado acompañados de su maestro. La fila de alumnos de hasta enfrente sostenían un banderín blanco en el que sobresalía del lado izquierdo una ancla color azul y se desplegaba hacia un lado la leyenda: Saint Clement School.

Tras observar aquella fotografía Karime sólo dijo:

—Genial. Al parecer yo también ya sé dónde encontrar a Héctor.

—¿En serio? ¡Fabuloso! —gritó espléndido, y de pronto se quedó callado—. Um, dime por favor que vamos al mismo lugar.

—No, lo siento. Si lo que quieres es hacer esto lo más rápido posible creo que tendremos que separarnos.